
Del tiempo perdido... con las mujeres... o cómo las ideas, mientras más fijas, se fijan mejor

país, en esta hermosa ciudad, en este hermoso tiempo, lo que menos abunda son las tramas novelescas de los lances amorosos de universitarios lumpen.

*La única novela de la generación de la
ENEP Aragón, I presume*

Esta es la historia de Pablo Martínez, Fernando Gómez, Inés, Verónica, Diana Baroja, Toño, Poncho, Rosa, Josefina, su esposo; la niña aplicada, el analista y Sigourney Febe; del plantel universitario del margen, de la tenaz afición por la literatura y del cambio de horizontes que provoca en una ciudad, en un estrato social determinado, que sumerge a sus personajes en percepciones, quizá equivocadas, de su inserción en el mundo no del arte pero sí de la vida entendida como artesanía. Las vicisitudes de un improbables provinciano dentro de una improbable ciudad con unos improbables semejantes en el desarrollo de una improbable profesión de vida. Creo que el molde de las situaciones, algunos personajes y ciertamente la ciudad y el plantel universitario como universo minimalista están en una plantilla de realidades no sólo probables, sino verídicas. En esta novela de semiadolescentes asistimos a una creación similar en su aliento al *Morsamor* de Juan

Valera, sólo que aquí, en lugar de leer un sueño loco contado por un monje, tenemos a un neurótico reelaborando el trauma. Asombroso, si se tiene en cuenta que en este hermoso

La fecha de realización de la novela, por la referencia del derecho de autor, data de 1996, pero sus acciones yo creo que se gestaron allá en el principio de la década de los ochenta, cuando las escuelas descentralizadas de la UNAM se consolidaban como la opción clasista de nuestra máxima casa de estudios. Estudiar en las Eneps era una experiencia verdaderamente de *outsider*, pero estar estudiando en la ENEP Aragón, era la experiencia más radical de todas.

Llenos de carencias perennes, desde las infraestructurales hasta las estructurales, pasando por las humanas y las académicas, estos edenes subvertidos asombran aún por su capacidad para expulsar egresados cada equis número de años: combativos, resentidos, ignorantes, pero eso sí, con muchas

ganas de conocer el mundo y hacer historia. O de contarla. Las Eneps son el proyecto incoado de una conciencia dopada. En fin, yo también estuve en esa Arcadia.

Como todo submundo, tiene sus relaciones y sus variedades de especies que viven y evolucionan al pasar por las aulas como por un páramo polvoriento (literalmente); así se puede suponer que hay asuntos y argumentos que tejen y destejen tramas de colores y tonos varios, que tienen a estos personajes a punto de volverse literaturizables. Historias de nacimientos, de amoríos, de aparecidos y de abducidos; historias de luchas clasistas y anodinas vidas errantes; historias, en fin, pasto para saberes y habilidades más decantadas y ajenas a la circunstancia de vivir dentro de esas aulas de la plebe. Grupo heroico donde, no obstante, encontramos la opción de asumir una postura ante la vida mediante la asunción de una habilidad elemental: la lectura. Desde ahí todo es posible, hasta inaugurar un espacio iniciático donde articular los pedazos personales de la pasión y la razón, donde el aprendizaje tenga sentido y la vida vaya tomando un carácter menos inmediato, menos sombrío; donde el futuro se vaya tornando literatura y nos dé fuerzas para vivir de otro modo, para optar por fijar de una manera cualitativamente distinta

los esfuerzos por ser diferentes, *mutatis mutandi*, de los hogares de donde provienen las almas universitarias de clase baja: origen y destino del conjunto de ideas fijas sobre los demás y las relaciones que establecemos sobre la base de atavismos muy parecidos a los palitos

chinos: caóticos, azarosos, seriales y frecuentemente coincidentes.

*La crónica en clave de la perrada
diletante proba de la literatura*

Ideas fijas es la reelaboración moderada del mito del escritor moderno, que tiene en historias como la de *Martín Edén* su modelo más evidente. Pero aquí lo importante no es la autoformación, sino la formación mediada por los demás, por las figuras que serán los puentes didácticos que le permitan al personaje su rito de iniciación o de paso desde la pintoresca provincia, llena de realismo crudo, hasta la polifónica ciudad, cargada de referencias cruzadas y refinamientos retóricos, es decir, de mentiras, piadosas y crueles, de largo alcance; entimemas tautológicos o solipismos enigmáticos, pero mentiras al fin.

Así que para quienes vivimos de cerca esta situación formativa, informativa; sentimental y punitiva, es doblemente doloroso regresar a

esas gozosas sesiones de iniciación a la literatura, como una de las obras más sugerentes alrededor de las cuales hacer girar las ideas que, fijas y pocas, revoloteaban sin rumbo como el polvo de los llanos. La experiencia contada allí es una misión pedagógica sin el mérito institucional correspondiente, extracurricular, es decir, realmente significativa para sus agentes y pacientes. Encarnada en una figura algo patética, paternal, de autoridad, de conocimiento; afanada en la ingente labor de llevar luz a las tenebrosas mentes de los estudiantes. Una figura que sucumbe, como todo redentor, a las mismas fuerzas que desata. Un mentor que ya no puede enseñar, un escritor que ya no puede escribir, un amante que se queda como el perro de las dos tortas, una ciudad llena de diletantes probos de la literatura que al menos ya no se amargan la vida con la historia de lo inmediato. Un magnífico perdedor que encarna el esperpento del intelectual orgánico y orgásmico; pacheco y dipsómano, violento, travieso, amargo y dulzón.

Pobres criaturas. Todo es literatura. Primera clave.

La novela de Hortensia Moreno tiene esa cualidad cómplice que tuvo, para este humilde cronista, asistir en la realidad a su taller de narración; también tiene su generosidad, su inteligencia y su calidez; también aletean los murciélagos del enfado por contar cosas banales, de la terapia liberadora de espinas añejas, del adiós a todo eso, de cierta amargura

que se fijó en esas vidas errantes, en esos personajes casi acabados, estatuas de gelatina, visiones peligrosas de un ayer que pudo haber sido y no fue.

*Del amor, del dolor
y esas patrañas*

La lucha de clases está en receso. Los pobres escritores pobres también aman, y de forma igual de apasionada, desordenada, escandalosa y destructiva que los escritores de otras clases sociales, pero sin sus maneras psicoanalíticas, sofisticadas, perversas, racionalizadoras y modernas. Menos originales y creativos para amar, el amor de los escritores pobres es una fuente de inspiración para otras obras. Debe ser así para todos, bendita medianía, hasta el viejito Saramago dice que es obligación del escritor vivir en la pobreza, ¡ah!

Al escritor P. M. (o M. P, el orden de las siglas no altera los hechos de ficción) le duelen muchas cosas aparte de su pobreza: le duelen su circunstancia, su ego, sus cuates, sus demonios, su ego, su condición so-

cial, su ego, sus amores burlados, su ego y su oficio lleno de acíbares y bares... ah, y su ego.

Por lo tanto, su experiencia es la de Narciso y, si por el camino retrata o refleja o descubre a otros semejantes, esa experiencia se tendrá que componer alrededor de su ego. Para esto hay estrategias narrativas verdaderamente deliciosas: está ensayar el cambio de sexo, que es el cambio del punto de vista y la sensibilidad, está el cambiar los nombres para no practicar la crueldad innecesaria contra las criaturas del señor (o señora); está el inventar una topografía y una nomenclatura (nada que ver con la de ese perro pelón de agualeguas) que escondan, disfracen, monten una escena adecuada a la trama y argumento.

Todo esto propuesto como una experiencia controlada, como un laboratorio de experimentación, como un diván de loquero: la escritura es un arte de conocimiento, de autoconocimiento, por las vías dolorosa y gozosa de la simulación verdadera.

Está escrito, así fue, pero lo más misterioso del caso es que también pudo ser de otra manera.

Y para ponerla a consideración de los semejantes que no pasaron ni pasarán por esas situaciones al pie de la letra, pero que pasan por unas semejantes, se monta un aparato de simulación muy preciso y efectivo. *Ideas fijas* es ese aparato. Para quienes leen sin referencias en clave, es una historia de jóvenes que a ratos se parece a la vida de un conocido; para los otros lectores, sus verdaderos destinatarios, es una referencia y una reflexión, es una autobiografía con dedicatoria, es memoria. En esta doble hélice de la imaginación y de la obra se juega la habilidad del artífice. Hortensia Moreno es una escritora que sabe su oficio y lo ejerce con responsabilidad monacal, con cariño en sordina y con madurez profesional; yo arriesgaría a decir que con piedad, piedad para el que sufre. Aunque a ratos no acabamos de entender ciertas motivaciones en los personajes, ciertas actitudes y algunos cabos sueltos parecen querer decir que el hastío llegó al narrador, pero de-

El arte de la simulación

El refinamiento de la técnica de narrar puede pasar inadvertido, porque se borraron los andamios, se tiró la escalera, se barrió el escombros; incluso se quemó el plano maestro.

Así que tenemos sólo una simulación, una especie de realidad virtual de dos dimensiones donde se canta el desencanto de las cosas pasadas y vividas con intensidad suficiente como para que se rememoren con el doble propósito de divertir y exponer.

trás está el autor que acaso ya no encontró sentido a las aventuras de su replicante.

La picaresca femenina en pantalones y la historia populista jamás contada en refranes

Un rasgo interesantísimo dentro de la estrategia de la novela es la de enunciar cada episodio con partes de refranes, al modo recomendado por Juan de Valdés. El lector participa entonces al completar la máxima, aplicarla al argumento y obtener una suerte de sentido anagógico en cada capítulo.

Tal vez estamos ante el resurgimiento de la picaresca femenina en tiempos del cambio, que puede ser el de la cólera, pero eso suena a personaje colombiano.

A veces no queda muy claro hacia dónde apunta este manejo, pero en el plan secreto del autor, el lector no tiene vela. Además no he podido encontrar la contraparte o complemento del refrán "Con la panza de farol". Mea culpa, pero puede ser un dicho conocido. De ahí en fuera pocos peros le pondría a la técnica, al estilo del relato; acaso algo en los diálogos es un poco inconsecuente con los personajes. No digo más, defectos le encuentro a quien no quiero, pero en este caso mi lado sentimental me llena el alma y el seso retoza.

Mi mamá me lo decía, "lo que uno no puede ver, en su casa lo ha de tener", así que este retrato del fracaso llevadero, del desamor y la dependencia, de la inmadurez y el

egoísmo, del tiempo invicto y el desengaño esencial, de las ausencias y las vueltas, de las limitaciones y la superación de los complejos, de las carencias y los hallazgos, de las zozobras y las esperanzas, está vertido en un libro que de pronto se vuelve espejo y permite ver los rostros amados, perdidos en el tiempo y el ojo testigo que, como en aquella novela de Vonnegut, se descubre humedecido, mientras una voz a lo lejos dice: "hazme joven".

A Hortensia Moreno le debemos agradecer una obra deliciosa, bien escrita, generosamente contada desde otro punto de vista y la oportunidad de volver a entrever fijamente su rostro, como hace tiempo: con simpatía, admiración, severidad y emoción; como se saluda, entrañablemente, a un amigo lejano.

José Antonio Martínez Hernández

Hortensia Moreno, *Idas Fijas* Joaquín Mortiz, Serie del Volador, México, 1997, 227 pp.